



**RAFAEL JIMÉNEZ**



**Los casos más apasionantes  
de la Policía Nacional**

Antonio Baquero, Jordi Bordas, Mavi Doñate, Jesús Duva, Manuel Maríasca, Eduardo Martín de Pozuelo, Cruz Morcillo, Luis Rendueles, Pere Ríos, Xiana Siccardi y Jesús M. Zuloaga.

**Prólogo de Alfredo Pérez Rubalcaba**

*A los hijos e hijas de policías nacionales y guardias civiles  
que un día se quedaron sin ellos.  
A los periodistas que han sufrido en sus carnes las amena-  
zas  
y la muerte por contar la verdad.  
Y, en fin, a todos aquellos que han sufrido la violencia  
de la sinrazón por ser de aquí o de allá  
o por llevar un uniforme u otro. A todos ellos.*

LOS AUTORES

## Agradecimientos

Los agradecimientos suelen ser esa parte de los libros que nadie se lee y que de manera casi natural se obvia para dar paso a la historia, el enigma o la trama del libro; soy consciente de ello, pero a pesar de todo, y dado que soy policía y no escritor, no puedo dejar pasar la oportunidad de ser agradecido con las personas que me han ayudado a que mi segundo, y posiblemente último, sueño literario se haya hecho realidad.

Como no podía ser de otra manera, quiero dar las gracias con mayúsculas a Jesús Duva, Eduardo Martín de Pozuelo, Jesús M. Zuloaga, Mavi Doñate, Pere Ríos, Jordi Bordas, Manuel Marlasca, Xiana Siccardi, Luis Rendueles, Antonio Baquero y Cruz Morcillo. Convencerlos me costó exactamente once minutos, un minuto por cada uno de ellos, el tiempo suficiente para exponerles el proyecto y oír a través del teléfono las palabras: «Sí, Rafa, sin duda, cuenta conmigo.» A alguno de ellos ni siquiera lo conocía, lo que ha hecho que mi autoestima haya aumentado considerablemente, porque una de dos, o son grandes personas —que lo son— o tengo un gran poder de convicción —cosa que dudo.

A don Alfredo Pérez Rubalcaba, vicepresidente primero del Gobierno y ministro del Interior, y no sólo por haber prologado este libro, sino por algo más importante: haberme transmitido cariño, e incluso me atrevería a decir cierta complicidad en algún encuentro casual en la inauguración

de alguna comisaría o en diversos eventos, haciendo honor a su palabra y —como bien dice el gran Juan José Millás— conservando el alma.

A don Joan Rangel, delegado del gobierno en Cataluña, que, como en mi primera aventura literaria, ha sabido darme ánimos y rodearme de todo el cariño de la delegación.

A don Narciso Ortega, jefe superior de Policía de Cataluña, por haberme susurrado algunos secretos para que este libro fuera bien encaminado.

A todos los hombres y mujeres que conforman el Cuerpo Nacional de Policía, entre los cuales quiero incluir a los casi siempre olvidados administrativos y auxiliares de los Cuerpos Generales, y en especial a los comisarios don Francisco Rodríguez López, don Jesús Ojuel Lamata y don José Luis Sánchez Azor, fundamentalmente por hacer que en el día a día me sienta seguro en cada una de las decisiones que tomo y hacerme saber que los tengo a mi lado si algo no anda bien.

Hay una serie de amigos y amigas que han tenido un papel clave en que este libro exista justo como yo había soñado que existiera. El entramado que han tejido ha hecho que todas las piezas del puzle encajaran. No son otros que Gregorio Martínez, María Jesús Gallego, Juan José Esteban y Lourdes Camino. Sabéis que os estaré eternamente agradecido por haberme escuchado cuando nadie lo hacía. Gran parte de este modesto sueño se ha tejido en el servicio de prensa de la Dirección General de la Policía y la Guardia Civil en el ámbito del Cuerpo Nacional de Policía. Antonio Nevado, Enrique Sacristán, Carolina, Víctor, Estela, Miguel, Guadalupe y todos y cada uno de sus integrantes han sido mis amigos en el más amplio sentido de la palabra. Porque me dieron su palabra. Ni más, ni menos.

A don Ignacio Conde, presidente de la Fundación del Colegio de Huérfanos del Cuerpo Nacional de Policía, por llevar tantos años al frente del colegio que cuida de nuestros niños y emocionarse cuando le dije que once periodis-

tas y yo habíamos decidido destinar todos los beneficios de este libro a la Fundación. No se me ocurre un fin mejor para ese dinero: ayudando a educar a los hijos de los policías que dejaron este mundo.

Pero hay otros amigos que no sólo me han ayudado en este proyecto, sino que lo hacen todos los días del año, compartiendo conmigo éxitos profesionales y malos momentos personales, apoyándonos mutuamente cuando cada uno de nosotros lo necesita. Maribel, Josep, José, Montse, Héctor, Gregorio Castillo, Carlos, Federico Cabrero, Mariví, Mamen, y tantos otros que al final este libro acabaría convirtiéndose en una oda al agradecimiento si continuara por este camino y los nombrara a todos.

Ya acabo. Sólo quisiera recordar, por último, a las personas que consiguen que a pesar de que vayan pasando los años yo siga teniendo sueños. Mercè, Marc y Mamá. Y por supuesto tú, siempre, Papá. Lográis que para mí lo importante no sea adónde voy, sino el viaje. Gracias.

RAFAEL JIMÉNEZ NÚÑEZ,  
Inspector del Cuerpo Nacional de Policía  
y jefe del Gabinete de Prensa  
de la Policía Nacional en Cataluña

## Introducción

Uno de los grandes del periodismo moderno, Ryszard Kapuśki, dijo en una ocasión algo verdaderamente hermoso: «Para ser un buen periodista hay que ser una buena persona.» Esta frase resulta extensible a todas las profesiones: también para ser un buen policía —me permitirá el maestro Kapuśki— hay que ser una buena persona. Con lo cual ya tenemos un aspecto en común entre los buenos periodistas y los buenos policías: que son grandes personas. Yo, hace unos tres años, no conocía a ningún periodista, me dedicaba a mi labor cotidiana como policía y consideraba que no tenía motivos para tener contactos con los «gaceti-lleros» de sucesos; mi nombramiento entonces como responsable de prensa del Cuerpo Nacional de Policía en Cataluña fue el causante de que mi agenda haya sido invadida materialmente por los nombres y los números de teléfono de multitud de periodistas a los que he ido conociendo a lo largo de estos años. En principio, a un policía no le debería asustar ni tan siquiera un delincuente, pero un periodista..., dejémoslo en que ante ellos como mínimo hay que estar muy atento a lo que dices o dejas de decir. O al menos eso es lo que yo pensaba, sobre la base de una de esas leyendas que circulan por este mundo nuestro que afirma que la profesión de periodista y, si me apuran, la de policía, para desgracia de ambos, no siempre están circunscritas a sus respectivas parcelas, sino que, por intereses creados, invaden otras que no les es menester.

«Los intereses de los medios de comunicación y los de la policía, desde el punto de vista informativo, no suelen ir de la mano. Me arriesgaría incluso a decir que son intereses contrapuestos, que no comparten el mismo objetivo, que se trata de una relación en la cual existe una clara dualidad, ya que en las lógicas de ambas instituciones se encuentran puntos de encuentro pero también de desencuentro. Es habitual que, como consecuencia de la evolución que han llevado a cabo los medios de comunicación en los últimos años, el quehacer diario de los periodistas esté sujeto a parámetros como la búsqueda permanente de la espectacularidad en un espacio que considero que se encuentra sobreexplotado y con excesiva presión mediática. No obstante, considero que el deseo por parte de los medios de comunicación de conseguir de las instituciones cierta claridad y que el acontecimiento marque la pauta es perfectamente comprensible y casi diría que de una lógica aplastante. Lo que ocurre es que esa lógica no siempre es compartida por la policía, ya que es fundamentalmente en este punto donde la prensa y la policía se distancian: para que una investigación sea eficaz, la policía necesita que sus acciones cuenten con una máxima discreción y, por tanto, no se les dé publicidad; la policía precisa, digámoslo así, un “piano, piano”. “Ahora no, mañana quizá”», como bien indica la profesora e investigadora Roxana Martel.

Quizá se perciba un cierto distanciamiento en las luchas de poder que representa cada medio de comunicación; la información de sucesos debería, a mi juicio, ser la menos «politizada», dicho en el mejor de los sentidos, de un periódico, una televisión o una radio; no debería estar sujeta a interpretaciones, o en todo caso centrarse en si la eficacia de la policía es la deseable o no; quizá no corran los mejores tiempos para este matiz y los policías, a veces perplejos, asistamos a «rifirrafes» de tipo extrapolicial sin saber muy bien de dónde vienen los tiros, y nunca mejor dicho.

La labor primordial de los gabinetes de prensa de cualquier cuerpo policial es y debe ser construir y difundir mensajes que mantengan informada a la sociedad, pero no sólo desde el más puro punto de vista institucional, sino de las problemáticas sociales que predominan en cada momento, para, entre todos, tratar de combatirlas o mitigarlas.

Lo que no acabo de entender por más que lo intento es cómo se crea la opinión pública; la percepción de los principales problemas de los españoles parte de lo que ocurre en la realidad, pero la cotidianeidad es construida por los medios según el grupo al que pertenezcan y, en ocasiones, la tan reiterada percepción de los problemas no depende tanto de su importancia real como del lugar del debate en que éstos se sitúan. El estado de opinión ¿se fabrica? Cada lector tendrá su propia opinión igual que yo tengo la mía, aunque, a pesar de que yo soy de los que piensan que sí, que el estado de opinión es manipulable, también creo que un problema que está de actualidad no puede ser creado por los medios, que, sin embargo, sí que pueden multiplicar su relevancia.

Un ejemplo de lo anterior lo hemos vivido recientemente, cuando el pastor de una iglesia norteamericana con no más de cincuenta seguidores anunció que el pasado 11 de septiembre se proponía quemar el Corán, el libro sagrado de los musulmanes. Han oído bien: ¡cincuenta seguidores! Pues bien, esa decisión de un atávico representante de una minúscula congregación tuvo más repercusión que lo que piensan doscientos cincuenta millones de norteamericanos que no comparten en absoluto ese tipo de ataques de locura. A Oriente y al mundo entero no pareció importarles lo que pensaba la inmensa mayoría del pueblo americano, y en algunos países se quemaron banderas estadounidenses y se propagó el odio a lo occidental. ¿No les parece excesivo que a esa anécdota, porque es una anécdota, se le diera tal valor que haya conseguido que hayamos pasado el peor 11 de septiembre desde el fatídico día en que cayeron las

Torres Gemelas? En mi opinión, algunos tendrían que hacerse mirar. No generemos odio ni miedo, que, por desgracia, ya nacen por sí solos. Y, en todo caso, cada uno desde su prisma, contribuyamos a erradicarlo de la Tierra. O, al menos, de los periódicos.

Permítanme que cambie de perspectiva y me refiera, ahora, al periodista desconocido, ajeno a las polémicas y que firma sus artículos cotidianos pero a quien poca gente conoce, al «gacetillero» que continúa con su bolígrafo y su bloc de notas y sigue saliendo a la calle en busca de información como sus viejos maestros. En la actualidad, existe cierta tendencia, y no sólo en el mundo del periodismo, a refugiarse en una repleta agenda de teléfonos y una buena conexión a Internet y elaborar informaciones sin ni siquiera salir de la redacción. Recuerdo mis noches juveniles de lectura, en que mis héroes eran indefectiblemente valientes policías o intrépidos reporteros que se encontraban siempre en la calle, «callejeando», hablando con la víctima, con el testigo, consiguiendo un teléfono clave de alguien que pasaba por allí, sudando la gota gorda en verano o pasando un frío de mil demonios en invierno; unos y otros eran personajes románticos que azuzaban el ingenio, esa virtud en deterioro, en beneficio de los contactos.

Este libro es mi pequeño homenaje a los periodistas, a los buenos periodistas, que desarrollan su labor —casi siempre vocacional— en un mundo muy difícil, complejo, lleno de tensiones, algo desastroso y sin demasiado sentido del humor, y que se ven obligados a hacerse cargo de la elaboración de la noticia, a contribuir a la construcción de la verdad, sabiendo que su tarea influirá en que tengamos una determinada sociedad u otra. Tremenda responsabilidad la del buen periodista, como la del buen policía, preocupados ambos por la resolución, la reconstrucción y, sobre todo, de no llegar muy tarde a casa y acabar nuestros días en la más estricta soledad.

Para finalizar, que ya va siendo hora y a fin de cuentas nadie lee las introducciones, quisiera dejar patente que el periodista, el buen periodista, ya forma parte de mi vida. Mis amigos periodistas han conseguido demostrarme que detrás de alguien con un interés concreto —que no hemos de olvidar—, y más allá de su obligación como profesional, hay una persona trabajando en unas condiciones laborales difíciles; muy difíciles, diría yo. Ellos son lo más parecido a un buen policía que jamás he visto: son felices con una primicia, con una entrevista, con que les renueven el contrato y mañana más, vuelta a empezar, vuelta a construir mundos. Como los policías. Igual. Tenemos muchas cosas en común como seres humanos los policías y los periodistas, pero como decía James M. Barrie: «El secreto de la felicidad no está en hacer lo que te gusta, sino en que te guste lo que tienes que hacer.» Como los periodistas. Exactamente igual.

En este libro podrían haber participado infinidad de periodistas, pero razones de orden lógico y editorial han querido que tan sólo hayan podido ser once los elegidos, debido a cuestiones meramente coyunturales. Por ello, debo y quiero recordar ahora y aquí a mis amigos y extraordinarios periodistas y personas con los que hablo casi a diario como Marta Català, Josep Maria Flores y Adrià Gala, del *Diari El Punt*; Jesús García, de *El País*; Minaia Llorca, de Europa Press; Josep Fuster, de la Agencia EFE; Oriol Burgada, de la ACN; Josep Cuní y Fàtima Llambrich, de TV3; Loli Franco, de Tele 5; Esperanza García, de Antena 3; Esther Vera, de Cuatro; Pablo Ruiz, de Barcelona Televisió; Gemma Guzmán, de Radio Nacional de España; Eva Compta, de Catalunya Ràdio; Anna Punsí, de la Cadena SER, y muchos, muchísimos más. Por otro lado, quisiera recordar a los medios a los que pertenecen los autores de este libro, por haber dejado que sus chicos y chicas —bueno, quizá no son tan jóvenes ya— hayan puesto su sello característico en sus relatos: *El País*, *El Mundo*, *El Periódico de Cataluña*, *La Van-*

*guardia*, ABC, Televisión Española, *Interviú*, Onda Cero y *La Razón*. Gracias.

No quisiera finalizar sin añadir un pequeño apunte. Los once periodistas que han colaborado conmigo para llevar a buen puerto este proyecto son buenas personas. Y no sólo son buenas personas porque son buenos periodistas, como decía Kapuściński, sino porque han sacado tiempo de su tiempo para participar en esta idea solidaria, en esta aventura en la que les he embaucado obligándoles a escribir en este caluroso verano del 2010 para que un día la Fundación del Colegio de Huérfanos del Cuerpo Nacional de Policía pueda recibir todos los beneficios que genere este libro. Todos. Para los huérfanos de la Policía. Gracias, amigos, gracias en nombre de todos esos niños y niñas.

RAFAEL JIMÉNEZ NÚÑEZ,  
Inspector del Cuerpo Nacional de Policía  
y jefe del Gabinete de Prensa  
de la Policía Nacional en Cataluña

## Prólogo

Un viejo principio del periodismo establece que no es noticia que un perro muerda a un hombre y sí lo es que un hombre muerda a un perro. En este libro no aparece ningún perro, pero está poblado de personas que hacen a otras personas cosas peores que morder. Historias que fueron noticia en su día, pero que, por la tiranía que impone la rápida sucesión de acontecimientos, no pudieron ser narradas en profundidad. La mayoría ocuparon titulares en los medios, aunque tampoco faltan episodios que pasaron inadvertidos para la opinión pública. Su inclusión en este libro es un hermoso acto de desagravio, una compensación póstuma, para unas víctimas con las que la vida no se portó amablemente.

Aunque, como no podía ser de otro modo, el protagonismo de estas historias les corresponde a quienes las vivieron, víctimas y verdugos. Creo que uno de los valores del libro es reflejar la relación que existe entre los miembros de las fuerzas de seguridad y los periodistas. Una relación sustentada en complicidades labradas en noches de vigilia y en urgencias compartidas; con todo, una relación que no siempre es fácil. Entre otras cosas porque, pese a que las dos profesiones comparten una meta común —llegar al fondo de la verdad—, sus métodos y sus intereses no siempre coinciden. De hecho, en ocasiones, son divergentes. Ello no impide que, como retrata muy bien este libro, exista

entre ellos un vínculo de respeto y, en muchos casos, de admiración.

Las historias que reúne esta obra dibujan un panorama oscuro, a veces desolador; un escenario donde domina la angustia y se percibe lo peor de la condición humana. Pero es importante señalar que esa «España negra» a la que se refiere el título no es ese país atrasado que dio lugar a la leyenda. Para bien en muchas cosas, y para mal en algunas, España dejó hace tiempo de ser una excepción, también en lo que se refiere a sus formas de delincuencia. Un rápido repaso a las historias aquí reunidas nos lo confirma: mafias internacionales, terrorismo, maltrato infantil...; formas de delincuencia que son parte del trabajo cotidiano de cualquier policía del mundo. También en eso hemos dejado de ser diferentes, aunque hay que decir que la otra cara de esta moneda es que la cooperación entre servicios de seguridad de diferentes países es, como se lee en estas páginas, cada vez mayor.

Alguien dijo que la literatura tiene la obligación de parecer verosímil y la vida no. Por eso, algunos de los episodios que estas páginas contienen parecerían imposibles si no supiéramos que, como dice la fórmula clásica, describen hechos reales, lugares concretos, personas que son, o fueron, de carne y hueso. Ámbitos en los que hablar de cruda realidad es incurrir en una reiteración.

Tras su brillante *Barcelona negra*, Rafael Jiménez vuelve a tejer una obra coral, en la que las diferentes voces componen un apasionante testimonio. Un retrato de un aspecto de nuestra sociedad en el que, por encima de la crudeza, brilla el celo de unos excelentes profesionales del periodismo y el trabajo impagable de unos servidores públicos que, con esfuerzo e inteligencia, velan por la seguridad de todos. Para ellos, este libro es un merecido homenaje.

ALFREDO PÉREZ RUBALCABA,

Vicepresidente primero del Gobierno  
y ministro del Interior

RAFAEL JIMÉNEZ

## Los silencios de Alba

### 1

Montcada i Reixac no es un pueblo situado en un bello paisaje; tampoco posee las necesarias pero justas infraestructuras. Es más bien un pueblo —o mejor dicho, buena parte de él lo es— inmerso en una vorágine de carreteras comarcales, autopistas, macrocementerios, puentes, demasiados polígonos industriales, una cementera que no para de echar humo, cuatro estaciones de tren que atraviesan sus arterias principales —con los consiguientes peligros que ello supone— y que descuartizan, separan, a la población, dos ríos con poca agua que después de vivir por cauces distintos y vigorosos, llegados a Montcada deciden unirse para ir a morir los dos al mar como si de una trágica historia de amor se tratase. No es una visión que te deje extasiado. Montcada i Reixac ha sufrido numerosas transformaciones a lo largo de su historia, dejando tras de sí, en la década de los sesenta, como tantos pueblos de España, su autóctona vegetación, sus huertos, su aire inmaculado, su armonía, para poco a poco configurarse urbanísticamente como una ciudad dormitorio muy cercana a la gran urbe, Barcelona.

En la actualidad, su población debe de superar los treinta mil habitantes y ya dejó de ser el rincón donde los barceloneses, algunos de ellos, pasaban sus vacaciones; la industrialización hizo el resto y la cercanía con Barcelona no supuso grandes ventajas, sino más bien al contrario; Montcada siempre ha tenido que ir acomodándose a los cam-